

ción, el olvido de la disciplina espiritual, y un interés unilateral en los aspectos temporales y sociales del ministerio. A partir de la tradición y los textos del Vaticano II, Dulles defiende la centralidad del aspecto sacramental (reduplicativamente sacerdotal) en la misión del sacerdote. Piensa que en las últimas décadas en la teología católica se ha disminuido la importancia del aspecto sacerdotal del ministerio, lo que «ha sido parcialmente responsable de la crisis de identidad sacerdotal y de la escasez de vocaciones en partes del mundo donde la secularización ha ido más lejos» (pp. 43 s.).

Sugiere fomentar «un vigoroso movimiento de renovación espiritual» (p. 11) entre los cristianos, mediante el sacramento de la reconciliación y la dirección espiritual; abandonar la primacía del activismo dedicando tiempo a la promoción de la santidad de los fieles y a la formación básica sobre las exigencias morales del cristianismo («los Cristianos Evangélicos y los Musulmanes están obteniendo gran número de convertidos en parte porque insisten en más altos standards de moral que los católicos», p. 61); tomar conciencia de que el sacerdocio es un «servicio» permanente, que pide el esfuerzo personal por alcanzar la santidad, a través de la oración y la confesión del propio sacerdote; cuidar el buen ejemplo y la conducta por parte de obispos, sacerdotes y religiosos; fomentar el culto eucarístico, también fuera de la Misa. A su entender, el clamor por un clero casado y a favor de las «ordenaciones temporales» procede sobre todo de sectores en los que el radicalismo del evangelio ha sido diluido. Un libro, como se ve, que reúne brevedad y calidad, y del que se puede sacar mucho provecho.

R. Pellitero

Gilles EMERY, *La Trinité Créatrice*, Librairie Philosophique J. Vrin, Paris 1995, 590 pp., 16 x 24 cm.

La obra de Gilles Emery estudia un tema específico e importante de la historia de la teología: Dios como Trino y Creador, según la formulación del joven Tomás de Aquino (en el comentario a las *Sentencias*) y sus predecesores S. Alberto Magno y S. Buenaventura.

Emery estudia sucesivamente y con detenimiento las doctrinas de los tres escolásticos, identificando las líneas maestras de sus construcciones trinitarias, y apuntando las diferencias entre ellas. Salen así a la luz algunas conclusiones importantes:

1) En primer lugar, la confluencia, en Sto. Tomás, de líneas procedentes de S. Alberto Magno y de S. Buenaventura. El Aquinate, según Emery, asume la elaboración comenzada por S. Alberto en torno a las relaciones y procesiones trinitarias, basada en una consideración de los nombres de las Personas divinas. Sto. Tomás recibe de S. Buenaventura la especulación en torno al papel de la voluntad divina en las procesiones intratrinitarias y en la acción creadora.

2) En segundo lugar, la constatación de una conciencia, por parte de los tres escolásticos, de un fuerte nexus *mysteriorum*, entre Trinidad y Creación. Dos formulaciones ofrece Sto. Tomás para explicitar este nexus: la más conocida, la unidad de la Trinidad en sus obras *ad extra*; la menos conocida, pero no menos importante, la procesión de las Personas divinas como fundamento (*causa y ratio*) de la procesión de las criaturas.

Esta última regla, que según Emery llega a las profundidades del misterio

divino, no es reducible sin más a la doctrina de las apropiaciones, ya que apunta a una verdadera distinción entre las Personas en cuanto a su papel en la creación. Sto. Tomás ve la distinción-unidad de las Personas divinas como el fundamento ontológico de la unidad-multiplicidad del mundo creado.

Así, dentro del cuadro clásico de *exitus-reditus*, el Aquinate percibe misterio dentro de misterio: un *exitus* de un Principio (Padre), tanto de Personas divinas (Verbo y Amor), como de criaturas; y un *reditus* de las criaturas (retorno al Principio), realizado por la misión y actuación de la Segunda y la Tercera Personas. Emery apunta hacia dos líneas estructurales que sostienen el pensamiento trinitario-creacional de Sto. Tomás: la noción de *principium*, y la noción de *exitus-reditus*.

El estudio es muy detallado, y no se limita a meros detalles, sino que ofrece una visión de las líneas maestras del pensamiento de los tres grandes teólogos. Una de sus aportaciones más interesantes es la de recordar que el principio de la unidad de las Personas divinas en su obrar ad extra sólo puede entenderse en toda su profundidad en conjunción con un segundo principio, el de la distinción real entre las Personas, debida a las diversas procesiones intradivinas.

J. Alviar

Jesús ESPEJA, *Creer en Jesucristo*, BAC, Madrid 1997, 170 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 84-7914-297-9.

El libro puede considerarse como una breve cristología escrita para sumarse a la preparación de las celebraciones del tercer milenio, viviendo la indicación pontificia de dedicar este año de 1997 a Jesucristo.

El A. es bien conocido no sólo en los medios estrictamente científicos, sino también en amplios sectores a los que llega su labor de divulgación teológica. El presente trabajo es una buena muestra de ello. Es de justicia destacar la buena pluma con que está escrito. El A. intenta llegar al hombre de hoy no sólo poniendo en primer plano los problemas que más le afectan, sino teniendo en cuenta además su sensibilidad y su lenguaje. Estas páginas están escritas pensando en los afanes de libertad y de liberación tan fuertemente vividos en muchos países de habla castellana.

El libro tiene las dimensiones oportunas para el fin propuesto. El esquema es lineal y fácil de seguir. Está dividido en tres partes. La primera —*El espacio interior de Jesús* (pp. 17-90)— trata las cuestiones más típicas de una cristología: la aproximación a la historia de Jesús, la llegada del Reino, la evangelización de los pobres, la intimidad de Jesús con Dios, y el martirio de Jesús. Esta parte descansa fundamentalmente en el *Abbá* de Jesús, como muestra de su especial y única relación con Dios. La segunda parte —*La fe de los cristianos* (pp. 91-148)—, presenta un resumen de cómo han entendido la persona y la obra de Jesús los cristianos de la primera época. El A. incluye aquí los escritos neotestamentarios —leídos sobre todo como testimonio de la fe de los primeros discípulos— y un breve comentario del Símbolo de Nicea. La tercera parte —*Fe, seguimiento y testimonio* (pp. 149-170)—, está dedicada a mostrar las implicaciones que conlleva una auténtica confesión de fe en Jesucristo.

El A. lleva muchos años explicando teología y, en concreto, la cristología. En este libro queda patente su experiencia, tanto en el terreno literario